

# ALCANTARA

## REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

Director: D. PEDRO ROMERO MENDOZA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

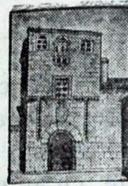
Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRIME: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

### SUMARIO

	Páginas	
«Oración en desesperación» .....	3	<i>Narciso Sánchez Morales.</i>
Páginas antológicas: Al sueño.....	14	<i>Lupercio Leonardo Argensola.</i>
Recuerdos: No lo entiendo.....	15	<i>Miguel Muñoz de San Pedro,</i> <i>Conde de Canilleros.</i>
Pensamientos .....	17	<i>Fontenelle, Ovidio, Mme. Stael,</i> <i>Gracián y Cervantes.</i>
Flores nuevas .....	18	<i>José Canal.</i>
Juan de Torquemada.....	19	<i>Teodoro Fernández.</i>
Ideario Extremeño .....	21	<i>Fray Juan de los Angeles.</i>
Autobiográfica: Mi mujer y yo .....	22	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
El alquicel blanco (leyenda) .....	23	<i>Carlos Callejo.</i>
Nuestros clásicos: Farsa de Salomón (frag- mento) .....	29	<i>Diego Sánchez de Badajoz.</i>
Datos sobre romanización en Lusitania.....	31	<i>Valentín Soria Sánchez.</i>
Pura esencia .....	37	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Oración .....	38	<i>Julio Cienfuegos Linares.</i>
Homenaje a Gabriel y Galán en el LXIV ani- versario de su muerte .....	41	<i>Santos Nicolás Rodríguez.</i>
Poesía es la tuya .....	44	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Pregunta a los Reyes Magos .....	46	<i>Fray Antonio Corredor, O.F.M.</i>
Un año más .....	47	<i>Rufino Delgado Fernández.</i>
Otoño .....	49	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Homenaje a Gabriel y Galán .....	51	<i>Gregoria Collado.</i>
Yo deshojo mi rosa .....	53	<i>Augusto Oliver Marcos.</i>
Ciencia ficción: El cataclismo .....	57	<i>Francisco Garzón Luis.</i>
Puente de Alcántara .....	59	<i>Marcelino González-Haba.</i>
Temas religiosos: Jesús y María. España Eucarística y Mariana: La Loca del Sacra- mento.....	65	<i>Luis F. García-Camino.</i>
Elegía: A una niña muerta .....	66	<i>José A. de Cáceres.</i>
Todo mi trabajo .....	67	<i>Ricardo Becerro de Bengoa.</i>
Aportación de Extremadura a la obra de la Hispanidad .....	79	<i>Isidro Melara Berrocal.</i>
Nuestro imposible .....	81	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Crítica sin hiel .....	85	<i>Augusto Oliver Marcos.</i>
Mirador: Crónica .....	94	<i>Equis.</i>
Noticia de Revistas .....	95	
Concursos literarios: «V Premio Temas» .....	96	
Recensiones.....	97	<i>M. G.</i>
Libros recibidos .....	98	
Concursos literarios: «Premios Caja de Aho- rros Vizcaína».....		
Láminas.....		

Nuestros artistas: Arco de Guadalupe, de José Antonio Navarro Molano; fotos de Tomás Martín Gil; El Noticiero, S.L.; Arribas y Garrabella.



# ALCANTARA



D. Legal CC-26-1958

Año XXIII

ENERO-FEBRERO-MARZO 1969

Núm. 154

## ORACION EN DESESPERACION

Por Narciso SANCHEZ MORALES

I

(El hombre) Es un enigma  
una verdad oculta,  
un poco de esperanza,  
expresada con miedo  
y torpeza y dolor. El no lo sabe.

(Eduardo de la Rica)



ATENCIÓN a ese hombre», a ese ser que se mueve por el mundo llevando en su interior un enigma incomprendido, sólo descifrable a través del Logos de Dios. El hombre, no sólo el que mecánicamente reza a la luz ofuscante de candelabros eléctricos de nuestras iglesias, sino el que allá, en un rincón de las mismas, o tal vez solo en el sagrado recinto de su templo interior, expone a Dios sus cuitas, sus insolubles problemas. Llevar el templo a la calle, sentirse templo vivo. orar con las súplicas de heridas sangrantes y de miserias, es el ignorado quehacer de ese hombre «que se abre paso por la calle, empujando a la gente... haciendo penitencia, imaginándose que distribuye rosas y caricias entre la pobre gente, a la que ama en medio de su culpa». El mundo de hoy se insensibiliza materializado o se desespera; prefiero este último mundo, el de la desesperación, al mundo sin rumbo ni sentido. El que desespera, ora, o al menos está a su alcance esa posibilidad; el que se materializa, reduce a cero su contenido espiri-

tual. Oración en desesperación es la temática de la novela católica actual, y del cine de «Silencio» y «Palabras» de Bergman, eterno Ahavero de las sendas del celuloide.

En sucesivos cuadros voy a glosar este tipo de oración, en autores como François Mauriac, Graham Greene, Dostoiewski, Fritz Hochwälder, Reinhold Schneider y Bernanos.

Sólo unos brochazos para determinar el contorno del tosco escenario, y pasar, de seguida, a la acción. Mis palabras tal vez sean susceptibles de crítica, tal vez provoquen cálida discusión, pero no olvidemos que la oración, el tú a tú con Dios, es patrimonio de la intimidad del alma, tesoro que en cada uno tiene especial cotización, por su peculiar concreción y forma. Oración en desesperación supone al menos creer en Dios, esperar en El y abrigar, aunque sea en potencia, ciertas posibilidades de amor. No niego los defectos anejos a esta clase de orar, pero no seamos incautos, antes que la gracia estuvo el pecado en la mayoría de los mortales, a partir de su naciencia, ya que Adán transmitió tal mácula. Sólo María, la plena gracia, la que solícita está para echar la mano, al borde de nuestra desesperación, vióse libre de tal mancha. Inmaculada, intacta al pecado, pero soportadora de las sombras del mismo.

1.º—François Mauriac. Cojamos entre las manos su mejor novela: Teresa Desqueyroux. ¡Qué creación más genial y atrevida! —Mujer monstruo, entre hiena y loba, orgullosa de su rango de fémina, reacia a ser simple vaso de generación, puente roto que quiebra la tradición de una casta burguesa y privilegiada. Su soberbia la deslumbra, la arrastra al fallido envenenamiento del esposo, a renegar de su vástago y a hundirse en la desesperación y en el suicidio. ¿Es mujer? ¿Es criatura?

Amanece; los gallos rasgan con sus agudos cantos la niebla matutina que pegajosa y densa se agarra a las copudas ramas de los pinos, que lloran, a lágrima viva, el desasirse de la gasa vaporosa que los platea.

Paisaje de las Landas, movedizo como su arena; campiña mojada por la aurora y que enjuga el cálido sol estival de la mañana, cuyos rayos iluminan la pétrea figura de Teresa, que rígida se asoma por los ventanales de la solariega casona de los Desqueyroux. Firme, enhiesta, sus párpados inmóviles ponen sordina al ronroneo de la carcoma que hurga y escarba en su leñoso corazón. «¿Qué es la muerte? No se sabe lo que ella es. Teresa no está asegurada contra la nada. Cómo la humilla su cobardía y, no obstante, apoyada en ella, en ese momento que media entre la decisión y el suicidio, exclama: Si

existe ese Ser (y ella recuerda en breves segundos la pálida procesión del último Corpus Christi, a aquel hombre solitario, abandonado por su incrédulo pueblo, aplastado bajo el peso de la recargada capa fluvial y a aquel objeto que lleva en sus manos, al que sus labios doloridos musitan imperceptibles palabras), si El existe, que detenga mi mano criminal, antes que sea demasiado tarde. Si es su voluntad que una pobre alma, ciega, franquee el paso a la nada, que El al menos, acoja con amor a este monstruo, a esta criatura suya. Y Teresa echa en el agua, primero el cloroformo, cuyo nombre le es ya familiar y le despierta ideas de sueño».

2.º—Graham Greene. Desde las Landas francesas, donde una casta de rutinarios católicos consumen su cómoda existencia entre el pecado y la gracia, volemos con el novelista Graham Greene a una colina del Africa Tropical. Pasemos, a la ligera, la cabeza y cuerpo de su «Revés de la trama». Acompañemos a Escobie, Jefe de policía, en sus correrías de represión del contrabando, y ayudémosle a acoger a Elena, la bella y desconsolada viudita. Admiraremos su compasión, pero echemos un tupido velo cuando ésta roza el adulterio y se marida con el pecado. Una mañana, a misa de alba, entremos con él y su esposa Luisa en la Capilla de la Aldea. Va del brazo de Luisa, libre, mas interiormente forzado, pues el pecado le tiene encadenado. Su confesión sincera ha naufragado, le han faltado las fuerzas ante el propósito de la enmienda de su vida. El mismo ha rehusado la absolución. Y ahora... siempre débil como en su pecado de carne, sigue atento, con Luisa, la misa que celebra el P. Rank. Después de la consagración, ante la eminencia de la comunión, un fuego que estalla en sudores enrojece la rubia faz de Escobie. El sacerdote desciende por las gradas del altar al comulgatorio, a fin de distribuir la sagrada comunión. A Escobie se le seca la saliva y también se le paraliza la sangre en sus arterias. No puede mirar; los ornamentos del sacerdote se le tornan majestuosos jaeces de apocalíptico caballo, montado por un jinete de fuego que es el mismo Dios. Ah, si los arqueros que le acompañan distendieran sus tensos arcos y le aniquilaran, acribillándole con mil flechazos. Un segundo más y la figura del sacerdote parece que duda y tiembla. «Tal vez suceda lo inesperado, algo que impida mi pecado». Más no; y con su boca abierta hace un último esfuerzo por orar. «Oh Dios, te ofrezco mi propia condenación. Acéptala. Que ella, al menos, sea útil para otros». Y sintió en su reseco paladar el gusto áspero de algo que le condenaba por toda una eternidad... Más tarde llegará el suicidio, pero a las mismas puertas de la muerte, reanudará la interrumpida oración. Escobie da un

paso más que Teresa; toma el veneno y en esos minutos que median entre acción y mortalidad, atolondrado, muerto ya físicamente, exclama: «Dios querido, yo te amo y...», pero llega el definitivo ahogo y su cuerpo cae redondo, percibiéndose al mismo tiempo el ruido metálico, que al chocar con el suelo produce la vieja medalla de su Santo protector.

\* \* \*

Dos oraciones sinónimas, inmersas en pecado, y blasfemas, mas atenuadas por la llama catártica de una súplica que va más allá del extraño espectador. El lector de este diario reaccionará bruscamente. Pero... meditemos, lector amable. ¿No hay pasos intermedios entre luz y tinieblas, entre gracia y pecado? Más claro, ¿no es preferible reaccionar, con todas las salpicaduras pecaminosas que esto suponga, a permanecer insensible en la nada o en el pecado? El que se salva de las hondas simas del océano, tiene que seguir tragando agua amarga hasta salvar el último centímetro que le separa de la orilla. La oración del desesperado es un esfuerzo tantálico. El orar como Teresa, buscando en la desesperación su propia y única salvación, con ese signo de egoísmo personal, se desvanece antes de llegar a los oídos del Padre común: Teresa acabará sus días extraviada entre los pinos humanos, de carne y hueso, que pueblan las amplias calles de París. Teresa se pierde en la soledad y el silencio de aquellos a quienes no incluyó en su oración.

El orar por uno a través de los otros, ofrecer aunque sea la propia condenación por la salvación de los demás, como lo hace Escobie, es repartir rosas y caricias que aroman la espinosa ruta que conduce a la salvación. La oración por todos los hermanos, el abuso del plural en «sálvanos, Señor, que perecemos», despierta al Dios que se hace el dormido en la nave que se tambalea. Sería mejor no pecar, pero entre el pecado sordo del nihilismo materialista, de personas que son cosas y se desmigajan a fuerza del uso, y el pecado de debilidad del que cree pero cae a los halagos del mundo y de la carne, quedome con el último, aún en su extrema desesperación.

Prefiero ese ser que describe mi buen amigo Eduardo de la Rica, ese ser lleno de inquietud y pecado «que es un enigma, una verdad oculta, un poco de esperanza expresada con miedo, torpeza y dolor... que se abre paso por las calles empujando a la gente, haciendo penitencia, imaginándose que distribuye rosas y caricias entre la pobre gente a la que ama en medio de su culpa».

## II

Yo quisiera un Dios de barro poroso, casi carne...  
al que mezclar esta ceniza mía para que juntos rueden hasta mi definitiva redención.

(Amable Cuenca)

Cada día el alma de la pirotécnica ciudad hace nuevas incursiones en el campo de mis divagaciones. Yo no sé si al trascender esta estrofa, me quedo corto en la valoración del anhelo de Amable Cuenca. Lo que sí puedo añadir, es que respiro en esta atmósfera de humanización de lo divino, y que en ella oxígeno mi espíritu, pues el puro espíritu quemaría mis arterias de carne. Criaturas hechas de tierra propendemos al barro y el barro se hizo plástico cuando el Verbo fue modelado en su masa. Se vació de sí mismo, en una paradójica «Kenosis», ya que sobre ella y en ella quedó no obstante inmersa la divinidad. Tal vez por hacerse barro, la Divinidad se hizo comprensible y finita, al reducirse hipostáticamente en la persona de Jesús. Paradoja insoluble, lo finito e infinito, en un vaso de barro, sólo explicable por el amor. Y como El, que de barro hizo partículas de luz en su resurrección, así nuestro vaso de lodo con filigranas de esperanza, será un día, con El, cuerpo de resurrección.

Pero antes, nuestras vidas, charcos del camino, reflejarán en su superficie monstruos y fantasmas, con pinceladas de luz. De la desesperación negra de una Teresa Desqueyroux, y de la suicida de un Escobie, pasemos a la desesperación de la vida frívola, mundana y sensual, que no llega al corte abismal del suicidio, pero juguetea en su orilla, retenida por la cobardía, salvada, al fin, por la oración.

Aleteamos como peces de aguas turbias, envueltos en juegos de placeres y hastíos, y así derivamos hacia la soledad del canal de la angustia, para caer atontados sobre la piedra del molino de la desesperación, de la que nos zafamos, milagrosamente, por el mismo engorgamiento de nuestra personal cobardía.

Pasado el susto, volvemos a la corriente para comenzar de nuevo a recorrer los múltiples eslabones de la cadena de molinos que jalonan la corriente. A veces, una malla, una reja providencial, nos devuelve a la libertad de los hijos de Dios. El medio ha sido la oración. Recordad a Dostoiéwski; abrid el libro de los Hermanos Karamazoff, escuchad el seco trepidar del coche que lleva a Demetrio camino de la desesperación. Su meta es Mokroe, zafio remedo del castillo Me-

yerling con halagos y festines del brazo de la sensual Gruchenka, con vislumbres azorados de suicidio. De repente, la Gracia que detiene el pez que se zafa de la aceña, habla por boca del incrédulo Demetrio: «Escucha, Andrés —le dice al cochero— ¿crees que yo, Demetrio Federovich Karamazoff, iré al infierno?»

—Lo ignoro, mi señor, eso depende de Vd. Para todos nosotros es Vd. tan bueno, que creo que Dios le perdonará .. «Y el corazón de Demetrio movido por el amor a sus semejantes, se inmerge en el amor de Dios».

De aquella lengua sucia, con costra de mil impiedades, brotan, arrancada de cuajo tanta inmundicia, palabras henchidas de amor al prójimo, que son como el sello del retiro de Karamazoff al santuario interior del espíritu: «¿Quieres tú, Andrés, corazón sencillo, perdonarme en nombre de todos?»

—Habla Vd. de una manera extraña —le responde el cochero.

Pero Mitia no escucha. En aquel momento ora con exaltación: ¡Ah, Señor, contéplame en toda mi ignominia: sé bondadoso. No seas severo, puesto que yo ya lo soy conmigo. No me castigues, pues te amo. Soy vil, pero te amo. Tú puedes mandarme al infierno, pero aún allí te amaré y gritaré: ¡Te adoro eternamente!».

Y luego el hombre de barro vuelve a sus andanzas trocando el amor a lo divino por el amor a lo humano de Gruchenka. Demetrio se salva del suicidio, está más lejos de él que Teresa y Escobie, se salva también de la calumnia de parricidio y de la deportación a Siberia, porque el amor de los Karamazoff, ya humano, ya divino, es crisol que abrasa y purifica, pura llama que lleva a lo Alto. La sublimación está en Aliocha, monje que rompe los bastiones entre monacato y pueblo, entre Iglesia y laicado, e interpreta al vivo el Evangelio de San Juan, uniendo por el amor a todos los habitantes de la Santa Rusia. El amor de Aliocha, es locura de amor, que le lleva a la más pura catarsis: cual otro Cristo ofrece expiar en su cuerpo la prisión merecida por sus hermanos. El amor triunfa incluso en la tierra, con la liberación de los cuerpos a través de los espíritus.

\* \* \*

Saltar de Dostoiiewski a Hochwälder es retornar del ortodoxo Oriente a la católica Roma, con ese anhelo de liberar universalmente, por medio de la oración. Sería largo, el pretender reseñar el drama «Jueves», de Hochwälder en sus tres actos: Lunes, Martes y Miércoles. Mas sigamos de cerca al personaje principal, a Pomfrito, a ese

hombre de los tiempos modernos que ha saboreado los mejores licores, libado las más venenosas flores y que, hastiado y aburrido, quiere morir en la nada. Su último anhelo es desaparecer; un suicidio pasivo, nada turbulento, cobarde hasta en eso. El pasillo hacia la nada se monta sobre la eliminación del dolor, porque el dolor es la losa apócrifa que evoca lo auténtico y a la gracia. A Pomfrito le asedian por todas partes poderes, mefistofélicos y angélicos: por la izquierda, a cambio de la renuncia al dolor un Nirvana de viajes ultracósmicos, una casa todo confort, una vedette llamada Frigorífico; por la derecha, Fray Tomás, el prudente Kapora y la inocente y casta Estrella. El bando de Dios cerca a Pomfrito, después de haberla arrancado de las garras de los poderes infernales. Este Fausto moderno, vive pero anunciado en esquila periodística como muerto, sufre el tira y afloja, la tensión entre la nada y el dolor que reclama una auténtica existencia. «*Capora — (a Pomfrito) — Desespérate, al menos consolado. La fe brota de la nada. ¿No brotó de la nada la Creación? Pomfrito. ¿De la nada?»*. Y ofuscado por la luz de tan contradictorias palabras, Pomfrito profiere una oración mezcla de desesperación, de incredulidad, de fe y de esperanza: «Oh Dios, en el que no creo, no me dejes perecer. Dame la gracia de elegir rectamente, elimina mis miserias que son legión, haz que siga mi camino y no mires lo frágil, orgulloso, lujurioso, avaro, pobre y miserable que me creaste, sino ve aquellos dones que poseo, para que te sirva». Valgan como ilustraciones de esta teología atea, mejor dicho, de esta fe por encima de la desesperación, dos nuevas versiones del Padre Nuestro, una, completamente Satánica, de Peter Weiss, que omito, y otra, más bien desesperativo, de Peter Coryllis, que transcribo:

«Padre Nuestro, que estás desterrado en el cielo,  
mofado es tu nombre.

Toda tu bondad,  
abusada.

Tu voluntad, pisoteada.

Tu amor, despreciado.

Loado eres en el cielo,

en la tierra estrangulado.

Nuestro pan está mohoso

pues la culpa nos ahoga.

Reos sólo hay en la tierra,

pues todos culpables somos.

No sólo caemos en la tentación

sino que sin reparo ni vergüenza la fomentamos.

El mal no tiene límites.

Padre, te rogamos que se logre tu redención

cúmplase así lo sucedido. Amén».

(De Peter Curyllis)

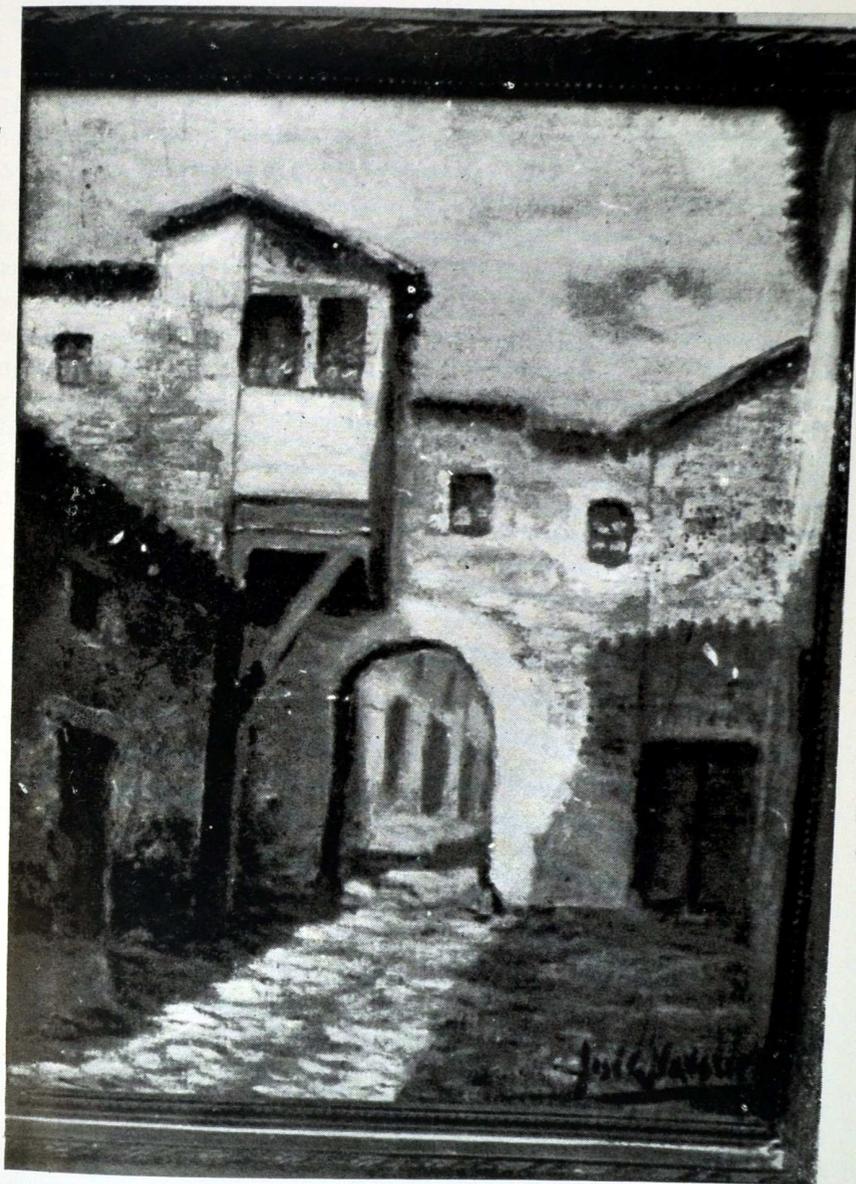
Largo sería discutir la ortodoxia de tal súplica; pero ella se da en esos momentos en que el hombre pecador, zancadilleado por la Gracia, cae de bruces en un terreno Santo que él desconoce y al que por primera vez besa al meditar en serio sobre los novísimos. El que en el choque se den cosas son actos reflejos que aún obedecen a antigua ley. El agua clara de la sierra, tras los grandes aluviones, siempre llegará a vuestros recipientes turbia y cargada de barro; dejadla correr un rato y el cristal volverá a irisar en sus gotas.

A nosotros, hijos de la desesperación, de la vida tibia y airada, que a veces sólo reaccionamos con el choque, no nos cabe otra solución que orar con Papini: «Todo el amor que podemos obtener de nuestros corazones devastados será para Ti, ¡oh, Crucificado!, que fuiste atormentado por amor nuestro y ahora nos atormentas con todo el poder de tu implacable amor».

### III

Tras la desesperación cuya meta es el suicidio y la desesperación que acaba en el rendimiento a la Gracia, existe otra desesperación, sólo aparente y de formas externas, sensibles, en la que también se ora y, a la verdad, de manera más pura y santa. La desesperación del malo quedó reseñada más arriba en Teresa Desqueyroux; la desesperación del pecador arrepentido encontró su más claro y explícito ejemplo en el Pomfrito de Hochwälder; la desesperación del cristiano, signado por la cruz, ha encontrado cristalización en las oscuridades sensibles de Schneider y Bernanos.

Los estados de desesperación que glosa tienen su paralelismo en las tres formas de angustia que los originan: la angustia del perverso, la angustia del pecador, y la angustia de la Cruz. La angustia del malo, la de Teresa Desqueyroux, está clavada en el mal, en la perversión. La angustia del pecador, como la de Pomfrito, está asentada en la nada, no en Dios; pues el que a la vez quiere estar en Dios y en la materia cae en la falta de suelo. Es la vida carnavalesca, sensual y materialista, que tiembla en la profundidad de la noche de un martes de carnaval ante el gris contorno de un miércoles de ceniza



NUESTROS ARTISTAS: «Arco de Guadalupe», por José Antonio Navarro Molano

de desengaño. Por fin, triunfa la cuaresma penitencial. La angustia del alma del hombre de Dios, con su culminación en la cruz, es el repentino apagón de la luz, entre contemplación y contemplación. Es la noche oscura o muerte mística descrita por Peter Wust y cuya desesperación sólo se vence con una oración de humildad, que según Santa Teresa de Avila, llega a entronizarse reina de este juego de ajedrez y en la que se da mate al Rey en el juego del amor. La noche oscura del místico encuentra paralelismo en ese abismo depresivo que se abre tras las intensas actividades creadoras del genio. Esta angustia cristiana, la de la Cruz, es incremento de luz y gozo a base de una mayor superficie de sombra de dolor y desesperación, de tinieblas que serán chispas, dilatación del camino del parto, dentro de la fe, esperanza y caridad, y que, según San Pablo (Rm. 8-19), desemboca en el nacimiento de un nuevo mundo.

Prescindo de la desesperación sensible, entiéndase bien, sensible, fisiológica y psíquica, de Cristo en la Cruz en aquella expresión que es dolor y nacimiento de redención; que es desesperación y oración, que es tiniebla y gloria; ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado? Fue la expresión máxima de Kenósis, el reducir la Divinidad a suspiro de Dios.

Prefiero, a falta de justa expresión e imposibilidad de descripción, hacer un esbozo de esta angustia de la Cruz, de oración en desesperación, en las figuras reales o literarias que plasmará el genio del cristianismo. No quiero rozar por el momento a aquel místico español, San Juan de la Cruz, del que beben todos estos ensayistas cristianos, atormentados, que acompañaron al gran místico hispano en su subida al monte Carmelo.

Reinhold Schneider, aquel nihilista que volviera a Dios, gracias a la espiritualidad hispánica, no cambió su temperamento triste y enfermizo aún dentro de la fe. Como un cargador de muelle que sobrecargado por el duro peso resbala insensible por la deslizante rampa que conduce al oscuro almacén de ricas mercancías, pero que reهecho y asido a un tosco palo, logra llegar, desvanecido, a las puertas del mismo, así cae el místico germano ante el Cristo de su templo interior y aún le resta un último hálito para escribir: «Desde hace años me encuentro en una difícil situación. Firmemente convencido de la divina Institución de la Iglesia —y de su existencia hasta el fin de los tiempos— me recluyo en lo hondo de mi cripta. Oigo ya el Canto lejano. Sé que El ha resucitado, pero mis energías vitales están tan agotadas que no puedo saltar por encima de la tumba, no puedo anhelar y temer algo más allá de la muerte. No puedo imagi-

narme un Dios tan poco compasivo que ese despertar al mortalmente dormido a sus pies, a un enfermo que ha logrado al fin conciliar el sueño... La cristiandad quiere la oscuridad, pues la oscuridad es la luz... Tu patria está bajo la tierra. Volverás a los primeros tiempos cuando la Cristiandad sólo era misterio y escándalo, una obra de topos, un refugio rodeado de mundo».

El lector dudará de la fe de Reinhold Schneider. Yo mismo dudé, cuando por vez primera me acerqué a sus obras. No le había captado y, menos, comprendido. Pero no; estaba lleno de fe. «La fe que lleva a la tumba, con Cristo a la tumba, que resucitará. La fe sólo tiene ese camino a través de la tumba. Su vida es la misteriosa, subterránea agonía; su lugar, la capilla de la angustia de la muerte de Cristo». Y es que el monte Carmelo de Schneider, como el de casi todos los místicos germanos, es profundidad abisal, cúpula de capilla donde duerme el Cristo muerto que libera las almas de los santos.

No quisiera terminar sin citar la oración del galo Bernanos. También este ex-seminarista supo de angustias y de dolores de Cruz, que él dejara plasmadas en una de sus más refulgentes figuras: el Padre Donisán, en «Bajo el sol de Satán». Reconozcamos, con Urs de Baltasar, que en estos autores domina un absolutismo católico que espanta y estremece a las formas religiosas no católicas. Son incomprendidos al lado de un Bert Brecht y Sartre. Tal vez convenga lanzar esos puentes más humanos, de Hochwälder y Graham Greene, para absorber las pocas ideas religiosas que aún quedan en los autores no cristianos.

Nuestra absoluta verdad no debe excluir las verdades parciales de inquietud religiosa que pululan en «La buena criatura de Sezuan» de Bert Brecht, «Os Bandeirantes» y «Orfeo Negro» de Marcel Camús y de otros autores no católicos. Abominar de lo malo, exige la paciencia que requiere el esperar la maduración de cizaña y trigo, y, luego, su posterior discriminación.

Pero volvamos a Bernanos. Su Donisán, ejemplar sacerdote, se quema en ardores de Cruz, mas Satán se cuele en la más ascendrada santidad. La alegría, el gozo, es para Donisán, la cara de Satán. Hay que eliminarlo, buscando la total ausencia sensible de Dios en la desolación y en la oscuridad. Entonces, en esas tinieblas de oscuridad y de dolor, para purificarse incluso de la natural satisfacción de sentirse hijo de Dios, para librarse de ese último vestigio de egoísmo por la propia salvación, ora y gime ofrendando su propia condenación, si a Dios pluguiera, por la redención de los demás: «Señor, todo gozo es malo, viene de Satán. Vuélveme a la nada. Haz de mí la ma-

teria inerte de tu obra. No quiero la gloria; no quiero el gozo ni aún la esperanza. ¿Qué te puedo dar? ¿Qué me queda? Sólo esta esperanza. Quítamela. Si pudiera, sin odiarte, yo abandonaría mi salvación, me condenaría por estas almas que Tú me has confiado a mí, miserable». Y cuando Dios le escoge para obrar por su medio el sublime milagro de resucitar a un muerto, exclama: «Yo no he solicitado estas gracias extraordinarias; no las he pedido, no las he solicitado. Que se me deje vivir y morir en la piel de un pobre hombre que no sepa ni la A ni la B. Soñaba; yo estaba loco».

Dos oraciones sublimes, una en la oscuridad no buscada y aceptada, otra en las anheladas tinieblas de anonadamiento. Ambas bañadas de humildad, esa reina que da jaque al rey en el juego del amor divino. Ambas, hijas del «Nadismo» hispano.

Tras estos estados de desesperación, bañados los tres en oración, ofrendados a Dios en una bandeja de humildad y caridad, no nos queda más que afirmar que es humano y natural desesperar y que es cristiano salvar la desesperación a través de la oración. No dar salida a esos estados de tinieblas, sea el suicida, el pecaminoso o el místico, es quedarse anclado en uno mismo y no salvar la distancia que separa a la Nada del Creador, lo finito de lo infinito. Dios, en sus designios, puso a nuestra altura un Hombre que a la vez fue Dios. Cristo es el puente por donde se pasa de la desesperación a la orilla de la dulce espera. La brisa que empuja el paso es la oración. Pero no todos los hombres están en posesión de la verdad revelada, ya que muchos la desconocen y otros la menosprecian. Mas el aguijón de la insuficiencia humana, de la angustia de encontrarse algún día sin suelo que la sostenga, empuja a muchos a la desesperación y a gritar, in extremis, por un Redentor que esté más allá de sus limitaciones: de su finitud y su nada.

Prefiero estos desesperados a los narcotizados por el opio del confort y del materialismo, aunque insensibles se santigüen y coreen cantos religiosos, mientras su alma no da señales de vida.

